

ellos, y una de sus blandas ondulaciones concéntricas empujó suavemente el bollo hacia la barita del niño. Esta tocaba el bollo al mismo tiempo que llegaban los cisnes; el muchacho dió un golpe vivo, le atrajo hacia sí, asustó á los cisnes, le cogió y se levantó. El bollo estaba mojado, pero los chicos tenían hambre y sed. El mayor le dividió en dos partes, una grande y otra pequeña; tomó la pequeña para sí, dió la grande á su hermanito y le dijo:

—Echate eso al colete.

XVII

MORTUUS PATER FILIUM MORITURUM ESPECTAT

Habíase lanzado Mario fuera de la barricada seguido de Combeferre; pero era tarde. Gavroche estaba ya muerto. Combeferre se encargó del cesto con los cartuchos y Mario del chico.

¡Ay! Pensaba que lo que el padre de Gavroche había hecho por su padre, él lo hacía por el hijo; sólo que Thenardier había traído á su padre aún vivo y él traía al chico muerto.

Cuando Mario entró en el reducto con Gavroche en los brazos, tenía, como el pilluelo, el rostro inundado de sangre.

En el instante de bajarse para coger á Gavroche, una bala le había pasado rozando el cráneo sin que él lo advirtiese.

Courfeyrac se quitó la corbata y vendó la frente de Mario.

Púsose á Gavroche en la misma mesa que á Ma-beuf, y sobre ambos cuerpos se tendió el paño negro. Hubo bastante para el anciano y el niño.

Combeferre distribuyó los cartuchos del cesto que había traído.

Esto suministraba á cada hombre quince tiros más.

Juan Valjean seguía en el propio sitio, sin moverse. Cuando Combeferre le presentó sus quince cartuchos, sacudió la cabeza.

—¡Qué excéntrico tan raro!—dijo en voz baja Combeferre á Enjolras.—Halla medio de no combatir en esta barricada.

—Lo que no le impide defenderla,—contestó Enjolras.

—El heroísmo tiene sus originales,—repuso Combeferre.

Y Courfeyrac, que había oído, añadió:

—Es un género distinto del tío Mabeuf.

Es curioso notar que el fuego que se hacía contra la barricada apenas turbaba los ánimos en el interior. Los que no han formado nunca parte del remolino que constituye esta clase de guerra, no pueden imaginar los singulares momentos de tranquilidad que se mezclan á tan terribles convulsiones. Se va y viene, se habla, se dicen chistes, se pasa el tiempo. Una persona á quien conocemos, oyó decir á un combatiente en medio de la metralla: *Estamos aquí como en una comida de amigos.*

El reducto de la calle de la Chambrière, lo repetimos, parecía muy tranquilo en el interior. Todas las peripecias y todas las fases habían sido ó iban á ser agotadas. La posición, de crítica que era, había-se convertido en amenazadora, é iba probablemente á volverse desesperada. A medida que la situación se obscurecía, la luz heroica teñía de púrpura más y más la barricada.

Enjolras, grave, la dominaba, en la actitud de un joven espartano, consagrando su espada desnuda al sombrío genio Epidotas.

Combeferre, con el mandil atado á la cintura, curaba á los heridos. Bossuet y Feuilly hacían cartuchos con la pólvora del frasco que Gavroche en-

contró en el bolsillo del cabo; y Bossuet decía á Feuilly:

—Vamos pronto á tomar el pasaporte para otro planeta.

Courfeyrac, sentado en los adoquines que se había reservado junto á Enjolras, disponía y arreglaba todo un arsenal, su bastón de estoque, su fusil, dos pistolas de arzón y los puños, todo con el cuidado de una joven que pone en orden sus avíos de tocador.

Juan Valjean, mudo, miraba la pared que tenía enfrente.

Un obrero se sujetaba á la cabeza con una cuerda un gran sombrero de paja de la tía Hucheloup, *por miedo de los rayos del sol*, decía. Los jóvenes de la Cogourde de Aix departían alegremente unos con otros, como si tuviesen prisa de hablar patuá por última vez. Joly, que había descolgado el espejo de la viuda Hucheloup, examinaba en él su lengua. Algunos combatientes, habiendo descubierto mendrugos de pan, casi mohosos, en una gaveta, se los comían con ansia. Mario se sentía inquieto, pensando en lo que su padre iba á decirle.

XVIII

EL BUITRE CONVERTIDO EN PRESA

Insistamos en un hecho psicológico, propio de las barricadas. Nada de lo que caracteriza esa sorprendente guerra de las calles debe omitirse.

Cualquiera que sea la extraña tranquilidad interior de que acabamos de hablar, la barricada, para los que están dentro, sigue siendo como una visión.

Hay algo de apocalipsis en la guerra civil; todas las brumas de lo desconocido se mezclan á esos terribles resplandores, las revoluciones son esfinges, y cualquiera que ha estado en una barricada, cree haber tenido un sueño.

Lo que se siente en tales sitios es, como ya hemos indicado á propósito de Mario, y veremos luego las consecuencias, más y menos que la vida. Ya fuera de la barricada, no se sabe lo que se ha presenciado allí. Ha estado uno terrible y lo ignora. Ha estado uno circuido de ideas que combatían, que tenían rostros humanos y la cabeza del patriota se ha iluminado con la claridad del porvenir. Había allí cadáveres tendidos y fantasmas en pie. Las horas eran colosales y parecían horas de eternidad. Háse vivido en la muerte. Hânse visto pasar sombras. ¿Qué era aquello? Había allí manos ensangrentadas; un es-

pantoso ruido y también un horrible silencio; bocas abiertas que gritaban y otras bocas abiertas que no decían palabra; se estaba en medio del humo, de la noche quizá. Créese haber tocado el siniestro borde de las profundidades desconocidas, y se mira uno á las uñas, donde aparecen como manchas encarnadas. Háse olvidado todo.

Volvamos á la calle de la Chanvrerie.

De repente, entre dos descargas, se oyó el sonido lejano de la hora.

—Son las doce,—dijo Combeferre.

Aún no habían acabado de dar las doce campanadas, cuando Enjolras, poniéndose en pie, dijo con voz tonante desde lo alto de la barricada:

—Subid adoquines á la casa y colocadlos en el borde de la ventana y de las buhardillas. La mitad de la gente á los fusiles y la otra mitad á las piedras. No hay que perder un minuto.

Una partida de zapadores bomberos, con el hacha al hombro, acababa de aparecer, en orden de batalla, al extremo de la calle.

Aquello tenía que ser la cabeza de una columna. ¿Y de cuál? De la de ataque evidentemente. Los zapadores bomberos, encargados de demoler la barricada, deben preceder siempre á los soldados que han de escalarla.

No cabía duda de que se iba á llegar ya al instante, denominado en 1822 por el señor Clermont-Tonnerre, *coup de collier* (pechugón).

La orden de Enjolras fué ejecutada con la diligente exactitud, propia de los buques y de las barricadas, los dos únicos sitios de combate de donde es imposible evadirse. En menos de un minuto, las dos terceras partes de los adoquines que Enjolras había hecho amontonar en la puerta de Corinto, fueron subidos al primer piso y á la buhardilla, y antes de

que transcurriese otro minuto, aquellos adoquines, colocados artísticamente uno sobre otro, tapiaban, hasta la mitad de su altura, la ventana del uno y los tragaluces de la otra. Feuilly, principal constructor, tuvo cuidado de dejar algunos intervalos para los cañones de los fusiles. Esta especie de parapeto en las ventanas pudo formarse con tanta mayor facilidad, cuanto que la metralla había cesado. Las dos piezas tiraban ahora con bala al centro del reducto, á fin de abrir un agujero y, si era posible, una brecha para el asalto.

Cuando los adoquines, destinados á la defensa, estuvieron en su sitio, Enjolras mandó llevar al primer piso las botellas que había colocado debajo de la mesa donde estaba Mabeuf.

—¿Quién, pues, beberá esto?—preguntó Bossuet.

—Ellos,—contestó Enjolras.

Se tapió en seguida la ventana del piso bajo y se aprontaron los travesaños de hierro que servían para cerrar de noche por dentro la puerta de la taberna.

La fortaleza estaba completa. La barricada era el baluarte y la taberna el torreón.

Con los adoquines que quedaron se cerró la cortadura.

Como los defensores de una barricada se ven siempre obligados á economizar las municiones, y los sitiadores lo saben, éstos combinan su plan con una especie de calma irritante, exponiéndose antes de la hora al fuego, aunque más en apariencia que en realidad, y tomándose todo el tiempo que necesitan. Los preparativos de ataque se hacen siempre con cierta lentitud metódica; después viene el rayo.

Esta lentitud permitió á Enjolras revisarlo y perfeccionarlo todo. Conocía que, ya que semejantes hombres iban á morir, su muerte debía ser una obra maestra.

Dijo á Mario:

—Somos los dos jefes. Voy adentro á dar algunas órdenes; quédate fuera tú y observa.

Apostóse Mario de vigía en la cúspide de la barricada.

Enjolras mandó clavar la puerta de la cocina que, como se recordará, servía de hospital.

—Que no lleguen las salpicaduras á los heridos,—dijo.

Dió las últimas instrucciones en la sala baja con voz breve, pero profundamente tranquila; Feuilly escuchaba y respondía en nombre de todos.

—Aprontad hachas en el primer piso para cortar la escalera. ¿Las hay?

—Sí,—dijo Feuilly.

—¿Cuántas?

—Dos hachas y un merlín.

—Está bien. Somos veintisiete hombres aptos para el combate. ¿Cuántos fusiles hay?

—Treinta y cuatro.

—Sobran ocho. Tener á mano esos ocho fusiles cargados como los demás. En el cinto los sables y las pistolas. Veinte hombres en la barricada. Seis emboscados en las buhardillas y en la ventana del primer piso para hacer fuego contra los sitiadores por las troneras de los adoquines. Ni un solo trabajador inútil. Luego, cuando el tambor toque á degüello, que los veinte de abajo se precipiten á la barricada. Los que primero lleguen se colocarán mejor.

Dadas estas órdenes, se volvió á Javert y dijo:

—No creas que te olvido.

Y poniendo sobre la mesa una pistola, añadió:

—El último que salga de aquí levantará la tapa de los sesos á ese espía.

—¿Aquí mismo?—preguntó una voz.

—No; no mezclemos ese cadáver con los nues-

tros. Se puede atravesar la pequeña barricada de la callejuela de Mondétour. No tiene sino cuatro piés de alta. El hombre está bien amarrado. Se le conducirá y ejecutará allí.

En aquel momento había una persona de las presentes más impasible que Enjolras, y era Javert.

Presentóse Juan Valjean.

Estaba confundido en el grupo de los insurrectos.

Salió y dijo á Enjolras:

—¿Sois el jefe?

—Sí.

—Me habéis dado gracias hace poco.

—En nombre de la república. La barricada tiene dos salvadores. Mario Pontmercy y vos.

—¿Creéis que merezco recompensa?

—Sin duda.

—Pues bien, os pido una.

—¿Cuál?

—La de permitirme levantar la tapa de los sesos á ese hombre.

Javert alzó la cabeza, vió á Juan Valjean, hizo un movimiento imperceptible y dijo:

—Justo es.

Enjolras se había puesto á cargar de nuevo la carabina y miró al rededor.

—¿No hay quién reclame?

Y dirigiéndose á Juan Valjean, le dijo:

—Os entrego el polizonte.

Juan Valjean, en efecto, se apoderó de Javert, sentándose al extremo de la mesa. Cogió la pistola y un débil ruido seco anunció que acababa de montarla.

Casi al mismo instante se oyó el sonido de una corneta.

—¡Alerta!—gritó Mario de lo alto de la barricada.

Javert se puso á reír con esa risa sorda que le era propia y, mirando fijamente á los insurrectos, les dijo:

—No gozáis de mejor salud que yo.

—¡Todos afuera!—gritó Enjolras.

Los insurrectos se lanzaron en tropel, y al salir recibieron por la espalda (permítasenos la frase) estas palabras de Javert:

—Hasta luego.